

a este libro que se lee con creciente agrado. Seguramente la parte con mayor relieve es aquella en que el señor Cox describe las batallas de Concón y de la Placilla. En esas dos acciones, donde se decide la suerte de la revolución, el testigo y actor de la contienda no se da cuenta de la espantosa carnicería, sino cuando su compañía avanza y comienza a ser diezmada por las balas enemigas. En ese ataque es cuando puede ver las proporciones del combate, pues los puntos por donde pasan están sembrados de cadáveres y de heridos que no pueden ser auxiliados por la mala organización de las ambulancias.

Es este un libro de recuerdos en los cuales no hay en ningún momento alusiones hirientes para nadie. El tiempo ha suavizado todas las asperezas y entonces los acontecimientos se proyectan dentro de un marco en el cual todo es atrayente. El libro del señor Cox Méndez es un buen documento histórico, de la Revolución de 1891.

<https://doi.org/10.29393/At230-106VMDI10106>

VIENTO DE MALLINES.

A pocos meses de haber sido agraciado con el Premio Nacional de Literatura, Mariano Latorre, publica en la Editorial Zig-Zag, este nuevo manojito de cuentos en los cuales confirma y reafirma su personalidad de escritor que encuentra en los motivos auténticamente chilenos, la veta más rica para sus asuntos literarios.

Latorre comunica al paisaje, su emoción de artista enamorado de la naturaleza con la cual identifica en cierto modo la conformación espiritual de sus personajes. Pero la gracia, la picardía nativa, tiene en cada una de las regiones que nos describe el autor, un matiz distinto, una humanidad diferenciada que sin embargo recoge del ámbito una nota general de frescura, de mimetismo que hace confundir en el relato, al árbol, al río, a los pájaros o a los animales con los personajes que encuentran en esta armónica distribución vital, su verdadero ca-

rácter y la precisa ubicación que quiso darles el creador de ellos.

Se advierte en Mariano Latorre, cada vez más fuerte la preocupación del estilo, bella meta que es interesante dominar, pero que como toda perfección estética, tiene también el peligro de quitarle a la prosa, o mejor dicho al relato esa espontaneidad, esa gracia que como la de los animalillos jóvenes que se mueven desgarrados, tiene también su encanto original. En el estilo que trata de acercarse a la perfección, por lo menos suponemos que ese es el intento del autor, hay también algo de acicamiento que conduce a la más tremenda monotonía. Es como la naturaleza completamente dominada por el hombre, que no ofrece el encanto de lo inesperado o de las dificultades a medio salvar.

Consideramos que Latorre no es un estilista en el sentido que pretendió serlo Flaubert o Miró, sino el escritor de prosa bien tramada, armoniosa y vital. Y eso es ya lo suficiente como ambición artística cuando, como Latorre, se conoce a fondo el tema que se trata y se tiene facultades excepcionales para describir la naturaleza. Y hay que tener presente que este novelista, ha abandonado poco a poco su ímpetu panteísta para realizar ahora el armónico juego del equilibrio entre el paisaje y el hombre, uniéndolos por el cordón umbilical del alma.

En «Viento de Mallines», encontramos cuentos de expresiva fuerza objetiva como «La carreta en la montaña» y «Mr. Lang de Kansas». Otros de puro y luminoso aire poético como «Cóndor Viejo» y «Viento de Mallines». Y algunos de intensa dramaticidad como «El aspado» y «Si es hombre patrón». En el difunto que se veló dos veces y en «On Dani y la yunta robada», hay una fina nota humorística muy bien conseguida.

Un bello libro que demuestra que el autor se halla en pleno uso de sus facultades creadoras.